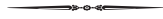


## CARDENAL BALTAZAR PORRAS CARDOZO

arzobispo Metropolitano de Mérida,  
administrador Apostólico de Caracas

### *Santos del pueblo de Dios en el mundo Vocación laical a la santidad*



#### *Introducción*

San Pablo en la carta a los efesios presenta la vida del cristiano como un combate espiritual e invita a buscar la fuerza en el poder irresistible del Señor (6,10). Las armas del creyente no son las de la guerra sino las que nos da Dios para “resistir contra las maniobras del diablo”.

Crear es tener la capacidad de hacer frente en nombre de Dios a las vicisitudes de la vida. Creer es defender la verdad, la justicia, la paz, oponerse firme y valientemente a todo lo que obstruye ese camino. Es proclamar en voz alta el respeto de toda vida humana, el papel insustituible de la familia, la sacralidad del pacto conyugal, la hospitalidad debida a los emigrantes, el derecho de los ancianos a recibir asistencia y, a todos los vulnerables tenderles la mano. En una palabra, la libertad de dar testimonio de la fe, de no ser condenado al silencio (Ver, A. Dupuy, Cuentas del Rosario, 129).

En el mundo moderno, incluido el de los que nos llamamos creyentes y practicantes, hablar de santidad suena algo extraño y fuera de lugar. Se ha introyectado culturalmente la idea de la inutilidad de lo religioso, dando razón al dicho de Nietzsche de que Dios ha muerto y nosotros lo hemos matado. Pienso que debemos buscar la razón de esta deformación, en primer lugar, preguntándonos si es algo externo a la Iglesia o en buena parte ha sido producto de una deficiente eclesiología en la que se puso el acento en lo jerárquico más que en lo bautismal, en lo jerárquico más que en lo comunal, llegando a la conclusión de que para ser mejor cristiano se debía ingresar en el convento o acceder al sacerdocio. Cristiano de

a pie, era visto como una debilidad, pues solo en su conexión obediencial a la jerarquía podía “colaborar”, prestar ayuda, a la acción pastoral de la Iglesia.

### *¿Qué es la santidad?*

Salta a la vista preguntarnos, qué es la santidad, con la tentación, al igual que Pilatos, de dar la espalda a una cuestión que resulta en cierto modo extraña y ajena a la vida cotidiana de la mayoría del pueblo de Dios. Existe la presunción generalizada de que se trata de una cuestión reservada a unos pocos, de estar ante algo que no tiene que ver con el mundo en el que nos movemos. Conviene poner en el centro, -aquí como en otros campos según la consigna del Papa Francisco-, a la periferia, porque el *“sujeto de la evangelización es más que una institución orgánica y jerárquica, es ante todo un pueblo que peregrina hacia Dios”* (EG 111).

Podríamos achacar esa postura unilateral, reduccionista, de la santidad, a una visión demasiado cerrada, exclusivista que prevaleció en algunos tiempos, desvirtuando el sentido genuino de la tradición eclesial, del que existen numerosos testimonios, por una postura apologética y excluyente, del mundo en general, y de las religiones en particular. El Concilio Vaticano II, heredero de la más genuina tradición, centra la cuestión al afirmar que la Iglesia es “sacramento de salvación”, *“porque, en efecto, la Iglesia es en Cristo como un sacramento, o sea signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano”* (LG 1). Más precisamente aún, *“la Iglesia Católica no rechaza nada de lo que en estas religiones hay de santo y verdadero. Considera con sincero respeto los modos de obrar y de vivir, los preceptos y doctrinas que, por más que discrepen en mucho de lo que ella profesa y enseña, no pocas veces reflejan un destello de aquella Verdad que ilumina a todos los hombres”* (Nostra Aetate).

El Concilio afirmó la radical igualdad bautismal de todos los llamados a formar parte de la Iglesia: “todos los fieles cristianos, en las condiciones, ocupaciones o circunstancias de su vida, y a través de todo eso, se santificarán más cada día si lo aceptan todo con fe de la mano del Padre

celestial y colaboran con la voluntad divina, haciendo manifiesta a todos, incluso en su dedicación a las tareas temporales, la caridad con que Dios amó al mundo” (LG 41). Los laicos *“ejercen el apostolado con su trabajo para la evangelización y santificación de los hombres, y para la función y el desempeño de los negocios temporales, llevado a cabo con espíritu evangélico de forma que la laboriosidad en este aspecto sea un claro testimonio de Cristo y sirva para la salvación de los hombres. Pero siendo propio del estado de los laicos vivir en medio del mundo y de los negocios temporales, ellos son llamados por Dios para que, fervientes en el espíritu cristiano, ejerzan su apostolado en el mundo a manera de fermento”* (el subrayado es nuestro) (Apostolicam Actuositatem, 2).

La Acción Católica al servicio de la vocación a la santidad de los fieles laicos desde el Concilio Vaticano II pasando por los pontificados de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y Francisco.

La Constitución *Lumen Gentium*, habla de los laicos (cap. 4) y en el capítulo siguiente (cap. 5) lo dedica a la vocación universal a la santidad. El objetivo de la formación misionera de la Acción Católica es la santidad que San Pablo VI la ha definido como “escuela de santidad” (1977). San Juan Pablo II, por su parte, en Loreto le confió a la Acción Católica una gran responsabilidad: el don más grande que puede dar la AC a la Iglesia y al mundo es la santidad (2004). A su vez, Benedicto XVI le exigió a la AC: *“¿es acaso posible, todavía hoy, que ustedes, muchachos, jóvenes o adultos, no hacer de sus vidas testimonio de comunión con el Señor, que se transforme en un auténtico modelo de santidad?, ¿no es esto la finalidad de vuestra Asociación?”* (2008).

Más reciente, el Papa Francisco (30 de abril 2017), *“indica la más alta medida de la santidad como objetivo de la vocación laical, de la que hay tantos testimonios: Los animo a continuar a ser un pueblo de discípulos misioneros que vivan y testimonien la alegría de saber que el Señor nos ama con un amor infinito, y a la vez ama profundamente la historia que nos toca vivir. Así nos los han enseñado los grandes testimonios de santidad que ha sido el camino de vuestra asociación, entre ellos, me complace recordar a Giuseppe Toniolo, Armida Barelli, Piergiorgio Frassati, Antonietta Meo, Teresio Olivelli, Vittorio Bachelet. Vivan a la altura de estas mujeres y hombres que los han precedido... en la vocación típicamente laical a una santidad vivida en la vida diaria donde*

*pueden encontrar la fuerza y el coraje para vivir la fe permaneciendo allí donde están, haciendo de la acogida y del diálogo el estilo con el cual se hagan próximos los unos de los otros, experimentando la belleza de una responsabilidad compartida.”*

### *El postconcilio y América Latina*

El camino recorrido en el postconcilio es muy rico en reflexiones y sobre todo en testimonios de la concreción de este llamado en el mundo entero, a hombres y mujeres de todas las razas, de todos los pueblos y de innumerables creencias. Pero, el cambio de mentalidad, -de clérigos y laicos-, ha sido mucho más lento pues el peso del tiempo juega en contra de la asunción de una nueva realidad, ciertamente más exigente para todos, pues se trata de recomponer el tejido eclesial y el rol de los agentes pastorales. El tema de la mujer, por ejemplo, es muestra fehaciente de lo que afirmamos.

Me circunscribo a hacer referencia al pensamiento latinoamericano, pues estimo sea menos conocido por quienes viven en otras latitudes. En 1968, se reunió en Medellín la segunda conferencia general del episcopado latinoamericano para asumir el Concilio Vaticano II. La *Populorum progressio* de Papa San Pablo VI fue fuente inspiradora de las reflexiones de los participantes.

El subcontinente estaba bajo el signo de la transformación y el desarrollo, detrás del cual *“se expresa el anhelo de integrar toda la escala de valores temporales en la visión global de la fe cristiana, tomando conciencia de la vocación original de América Latina: vocación a aunar en una síntesis nueva y genial, lo antiguo y lo moderno, lo espiritual y lo temporal, lo que otros nos entregaron y nuestra propia originalidad”* (Introducción a las Conclusiones). El énfasis de dicha Conferencia se centró en los temas de Promoción humana (justicia, paz, familia y demografía, educación y juventud). Y, en la evangelización y crecimiento de la fe (pastoral popular, pastoral de élites, catequesis y liturgia). Surgieron numerosas iniciativas en las que el laicado comenzó a tener un protagonismo en la Iglesia y en el mundo civil. No faltaron problemas por la convulsionada situación sociopolítica de nuestros

países, por las diferencias conceptuales en torno a las teologías latinoamericanas, y a la represión de parte de los gobiernos dictatoriales que pisotearon derechos fundamentales. Pero su balance fue positivo, pues parte del laicado asumió su vocación cristiana tanto en lo social como en la vivencia comunitaria eclesial.

Once años más tarde, en 1979 en Puebla de los Ángeles (México) y bajo la guía del Papa San Juan Pablo II recién elegido tuvo lugar la tercera conferencia general. La iluminación de *Evangelii Nuntiandi*, tal vez el documento clave del pensamiento postconciliar de Pablo VI, según el Papa Francisco, fue también guía de las reflexiones y de una evaluación crítica y positiva de la década anterior. Se entendió la evangelización como misión de todo el Pueblo de Dios (348) y se recalcó el papel misionero al servicio de la evangelización, en íntima conexión con el acervo cultural popular tradicional de raigambre católica y la opción preferencial por los pobres, los jóvenes y los constructores de la sociedad pluralista.

En 1992, en el marco del quinto centenario de la llegada de los europeos a América, fecha polémica y controvertida en el debate público, en Santo Domingo (República Dominicana) se reunió la cuarta Conferencia General. *“Para que Cristo esté en medio de la vida de nuestros pueblos, convocamos a todos los fieles a una nueva evangelización y llamamos especialmente a los laicos y entre ellos a los jóvenes” (...)* *“nos comprometemos a trabajar por una promoción integral del pueblo latinoamericano y caribeño, teniendo como preocupación que sus principales destinatarios sean los más pobres”* (28 y 30).

Bajo el pontificado de Benedicto XVI, en 2007, se reunió en Aparecida (Brasil) la quinta Conferencia General. Papel importante desarrolló el entonces Cardenal Jorge Mario Bergoglio, por ser el coordinador del documento final, que será años más tarde, inspiración del Papa Francisco para su documento programático *Evangelii Gaudium*. *“Mientras sufrimos y nos alegramos, permanecemos en el amor de Cristo viendo nuestro mundo, tratamos de discernir sus caminos con la gozosa esperanza y la increíble gratitud de creer en Jesucristo”* (22). Aparecida insiste en la condición discipular y misionera de los bautizados. *“Alabamos a Dios por los hombres y mujeres de América Latina y el Caribe que, movidos por su fe, han trabajado incansablemente en defensa de la dignidad de*

*la persona humana, especialmente de los pobres y marginados. En su testimonio, llevado hasta la entrega total, resplandece la dignidad del ser humano.”*

El magisterio latinoamericano, anclado en el pensamiento pontificio y en la rica variedad de cada una de las iglesias particulares del continente, en las que se ha ido decantando tanto dicho pensamiento teológico-pastoral como la praxis, es fecunda en creatividad ante la exigencia de un mundo inmenso que en las grandes urbes, como en el campo y en las extensiones de la Amazonia, de las pampas y de las montañas, ofrece al mundo entero, la sencillez de una fe, con una religiosidad popular encarnada, en la que el papel del laicado ha sido clave en la trasmisión y continuidad del carisma que nos dejaron Jesús y la rica tradición de la Iglesia plurisecular.

### *La santidad en el cambio de época*

Se habla de cambio de época, pero las herramientas conceptuales y prácticas que usamos no están en buena medida, a la altura de dicho cambio. En la base de las sociedades están ocurriendo cambios relevantes en lo cultural, lo político, lo económico y, por supuesto, en lo religioso. “Cabe resaltar que la religión es un producto histórico, una construcción social. Eso significa que, sin menoscabo de su universalidad, recibe en cada área y tiempo la impronta de esa sociedad, asegurando así su continuidad institucional, su papel de referencia ante los poderes públicos y su inserción social” (Marita Carballo. Dios en el mundo moderno, p. 13).

El cristiano se realiza en el ambiente que le toca vivir. La fe se encarna en la realidad concreta de la vida, y desde allí se construye la espiritualidad que le da sentido a la existencia. Es cierto que la secularización se ha enseñoreado del mundo moderno. Tendemos a ver lo negativo, que ciertamente está presente, pero tenemos la obligación de ver lo positivo que es mucho, y porque es “el hoy de Dios”. Roto el vínculo umbilical con el mundo de cristiandad, sostenido en parte por la referencia inmediata a valores cristianos, surge la potencia de la libertad auténtica que hace de la fe una opción personal y no sólo tradición cultural.

En el mundo secularizado, en efecto, curiosamente se observa un crecimiento de la religiosidad. La religión en el mundo postmoderno sigue siendo referencia porque otorga respuestas a incertidumbres permanentes, propias incluso de las sociedades urbanas y globales. La religión tiende a ser valorada por su impacto en las necesidades de la vida cotidiana. He allí, el reto de aprovechar esa coyuntura para crecer en el seguimiento auténtico de Jesús. Tarea que no se desarrolla sólo en lo individual subjetivo, sino también en la experiencia comunitaria, compartida, donde la pluralidad de respuestas conduce a un discernimiento serio, personalizado, pero no como islas aisladas sino como un archipiélago fecundo en respuestas adecuadas a las necesidades reales que plantea la vida diaria.

### *¿Santidad en el siglo XXI?*

Cuando K. Rahner afirmaba hace más de medio siglo que el cristiano del siglo XXI sería místico o dejaría de ser cristiano, atisbaba como visionario y profeta, lo que le daría vigencia al cristianismo en este nuevo escenario mundial. Ser testigo, discípulo, misionero, postula la necesidad de dedicarle mucha atención, tiempo y esfuerzo a la práctica expresa de la oración. *“No es exagerado decir, como afirma E. Wiesel: ‘Quitad a nuestro pueblo la oración y habréis condenado su alma al silencio.’ Tengo para mí que cuando de una sociedad se ha desterrado toda forma de oración es posible que se estén introduciendo en ella gérmenes de deshumanización”* (Juan Martín Velasco. Orar para vivir p. 6–7).

La oración como camino a la santidad no es algo desligado de la acción a favor del prójimo. El termómetro del amor a Dios lo señalan las parábolas del juicio final: *“cuándo te vimos...? ¿Cuándo lo hiciste con uno de esos pequeños...?”*. Para ser santo es preciso llegar al límite, a un aniquilamiento tal que solo quede una cosa por hacer: esperar en Dios. *“¿Estará reservada la santidad para los virtuosos y los perfectos? ¿Podrán los pobres, los heridos de toda especie, los pecadores, con sus heridas e incluso a través de sus caídas, pretender llegar a la santidad? Si la palabra de Jesús “la Buena Nueva es anunciada a los pobres” es verdadera, entonces la santidad debe ofrecerse y hacerse accesible a los*

*más heridos y los más desprovistos*” (André Daigneault. El camino de la imperfección. La santidad de los pobres. p. 8).

Un ejemplo original y sugerente es el del joven Carlo Acutis, beato que atrae a la juventud. En los pocos años de su vida ejerció el ministerio de la difusión de la fe a través del mundo digital, siendo un atractivo enorme y un incentivo a la creatividad encarnada en las facilidades de la tecnología. Las imágenes que tenemos de este joven lo muestran siempre sonriente. “La verdadera santidad es alegría, porque un santo triste es un triste santo”, escribió el Papa Francisco al obispo de Ávila, Jesús García Burillo, en la carta sobre el V Centenario de Santa Teresa de Jesús. La alegría y la sonrisa deben acompañar en todo momento al cristiano, aunque se encuentre en condiciones límite.

### *La santidad es un proceso*

Todos en la vida transitamos el camino de la noche oscura. Abrahán creyó, pero se preguntaba cómo sería eso, pues viejo y sin hijos no podía asegurarse la descendencia y la bendición de Dios. Job sufrió la burla de sus amigos. Ante la situación límite de su indigencia, a pesar de haber sido fiel, su amargura y angustia se volvió oración contra toda esperanza. Es la experiencia cotidiana que vivimos en un mundo hostil donde la condición creyente se vuelve peligrosa. Se afirma, y con razón, que en el siglo XX y en lo que va del tercer milenio, el número de mártires supera al de los primeros siglos. “*Sólo la oración da fuerzas para superar la prueba. Permanezcan despiertos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto pero la carne es débil*” (Mc. 14, 38). La carne es débil. Es el sentimiento del límite de toda carne, de nuestra indigencia... Nuestra carne llagada es “puerta” para la manifestación de Dios. Simplemente hay que reconocerla como tal y “dejar lugar” con la oración a la manifestación de la fuerza” (Jorge M. Bergoglio, *Mente abierta, corazón creyente*. p. 193–194). Sin embargo, “el único viaje del que no se vuelve con las manos vacías es el interior. Es en el interior donde se elige entre lo que es correcto y lo que es fácil; es en el interior donde maduramos, conseguimos la distinción entre el mal y el bien y



somos capaces de considerar los mimbres del amor, de la solidaridad y de la misericordia (Juan María Laboa. Maestra de la vida. p. 58).

Un joven que ha acompañado a los jóvenes desde la primera Jornada Mundial de la Juventud es el beato Pier Giorgio Frassati, el hombre de las ocho bienaventuranzas, un joven que apostaba siempre a lo más alto. El Papa Francisco en Turín, hablando a los jóvenes ha querido repetir una expresión de Pier Giorgio, muy fuerte aun para nosotros: ¡quieran hacer el bien en la vida, vivan, no vegeten, Vivan!

*¿Hay santos hoy?*

San Juan Pablo II en la preparación del jubileo del 2000 nos invitaba a descubrir y proponer modelos de vida cristiana del tiempo contemporáneo. A nuestro alrededor hay mucho bien y virtud que no queremos ver. El Papa Francisco en medio de la pandemia que padecemos nos invita también a ver los santos de la acera de al lado. Los que no responden a los moldes tradicionales, a lo mejor, ni siquiera se confiesan creyentes. Sin embargo, lo dan todo por la vida de los demás. Veámonos en el espejo de tantos trabajadores de la salud, médicos, enfermeras, camilleros, personal subalterno que por salvar vidas ponen la propia en remojo.

Recientemente, el Papa Francisco aprobó la beatificación de un médico, laico, investigador y profesor universitario, pionero de la modernización de la medicina en su país, Venezuela. José Gregorio Hernández se convierte en modelo y testimonio en medio de la pandemia del Covid 19. La pandemia de hace un siglo, en la llamada epidemia de la “gripe española” de 1918–1919 que azotó a muchos pueblos del mundo, lo encontró junto con otros galenos dispuestos a trabajar por la salud de la población, en medio de las carencias de una buena atención sanitaria. El servicio samaritano se hace presente a través de hombres y mujeres, en los que la fe y la ciencia, se dan la mano, con la fuerza de la fe, para servir al prójimo, sobre todo al excluido, al enfermo, al desechado de la sociedad.

Ejemplos similares, en San Giuseppe Moscati, médico napolitano, Santa Gianna Beretta Molla, pediatra milanese, San Ricardo Pampuni,

médico hermano de San Juan de Dios, el siervo de Dios Ernesto Cofiño, médico guatemalteco, el venerable Pedro Herrero Rubio, médico alicantino, por citar a los más cercanos en el tiempo. San Lucas, Santos Cosme y Damián, San Martín de Porres, son invocados como intercesores por su dedicación al campo de la salud. Debemos privilegiar en este tiempo de crisis sanitaria la presencia benéfica de estos hombres y mujeres de Dios. Pero que no queden en la penumbra los muchos misioneros, clérigos y laicos, que en los países más apartados del orbe atienden a la población más pobre con dedicación, ternura y competencia. Trabajar por la calidad de vida del prójimo es la actualización de las bienaventuranzas y de las obras de misericordia en un mundo insensible, de espaldas, a los miles de personas que sufren, padecen persecución o perecen en medio del desierto o del mar. Esos son los testigos de la santidad hoy, ejemplos para que en la postpandemia los excluidos sean reincorporados a la sociedad.

Tengo entre mis muchas ocupaciones, el ser Presidente de la “Fundación Acción Católica, escuela de santidad Pío XI”, con sede en el Vaticano, que tiene como objetivo dar a conocer los testimonios que gracias a la Acción Católica han vivido a plenitud su propia vocación como laicos, religiosos, sacerdotes, pastores; testimonios de santidad reconocidos por la Iglesia o santos de la puerta de al lado: todos, compañeros de vida en nuestro cotidiano caminar hacia la santidad.

Pienso en la realidad latinoamericana, pero estimo válida en África y Asia, la cantidad de pueblos y caseríos que, sin tener presencia constante de sacerdotes y religiosas, mantienen viva y son testimonio de la fe católica, por tradición oral, desde la más genuina vocación cristiana; en muchos casos, desde la ausencia de conocimientos profundos, solo movidos por la fuerza de la convicción y la fe. Así se mantuvo la fe, durante siglos, en el extremo oriente; y, en sitios apartados de la Amazonia, como en los llanos venezolanos durante el siglo XIX. La inmensa mayoría de catequistas en el mundo entero han sido mujeres y hombres, sin formación académica, pero con un *sensus fidei* transmitido con alegría y esperanza, con amor profundo a Jesús, la Virgen, los santos, al Papa y a la Iglesia. De allí, el valor perenne de la tradición popular encarnada.

*El papa Francisco y la santidad*

El llamado a la santidad tiene nuevos lenguajes y nuevos rostros. Los mejores ejemplos del pasado los encontramos en los místicos. En circunstancias difíciles, “tiempos recios”, marcaron hitos de alegría en medio de las contradicciones, constancia y fortaleza en las adversidades. Así construyeron con el testimonio y con sus escritos, una página importante para que bebamos de la tradición. Hoy, Papa Francisco nos recuerda que la misión cristiana no es el hacer proselitismo, sino el compartir la llama que calienta el alma. *“El corazón de la misión tiene que ver con un objetivo fundamental: que cada persona que encontremos pueda reconocerse infinitamente amada, más allá de sus límites, y que así pueda reconocer también su propia dignidad y su llamada a la comunión fraterna”* (Víctor Manuel Fernández-Paolo Rodari. La Iglesia del Papa Francisco, p. 79).

En *Evangelii Gaudium*, Papa Francisco nos dibuja el camino de la santidad, propio de todo bautizado. El anuncio del Evangelio es tarea de todo el Pueblo de Dios. Insistir en este aspecto es vital, pues debemos darnos cuenta que la radicalidad del llamado no es participación de algo que nos ceden otros. No es un problema de jerarquías, sino de la convicción de que *“la salvación que Dios nos ofrece es obra de su misericordia”* (EG 112). Todos somos discípulos misioneros.

En segundo lugar, recobremos la fuerza evangelizadora de la piedad popular. Muchas veces pensamos que crecemos en la vida cristiana cuando asumimos algunas escuelas de espiritualidad que suplantán a lo sencillo que aprendimos en el hogar o en las bellas tradiciones de los pueblos. La encarnación pasa por la asunción de lo débil y lo aparentemente banal. *“Cada pueblo es el creador de su cultura y el protagonista de su historia...El ser humano es al mismo tiempo hijo y padre de la cultura a la que pertenece...Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo”* (EG 122). En mi larga vida de obispo doy gracias por lo que he aprendido de la gente sencilla y de sus formas populares de expresar su

fe, que los hace auténticos místicos, entusiastas, “endiosados”, es decir, se sienten como arrebatados por Dios y lo manifiestan en oración y servicio.

En tercer lugar, la evangelización es tarea de persona a persona, de cuerpo a cuerpo. La pandemia nos ha abierto enormes posibilidades digitales. Son buenas y necesarias, pero no sustituyen, sino que completan, coadyuvan al trabajo misionero de llenarse del polvo del camino, de la realidad, muchas veces lacerante por la pobreza, que nos hace asumir “compasivamente” esa realidad y nos pide no ver esas necesidades desde la tribuna sino desde el campo de la cotidianidad (EG 122–129).

Para todo ello la formación permanente, es indispensable a fin de alimentar el espíritu y que se entusiasme nuestra mente y corazón. Las múltiples iniciativas en este campo ofrecen a cualquier cristiano, infinidad de oportunidades para formarse en lo humano y en lo divino (EG 132–134).

De manera mucho más explícita, Francisco nos regala en la Exhortación Apostólica *Gaudete et Exsultate*, un llamado más apremiante, fresco e interpelante al llamado universal a la santidad. Será explicitado en los ponentes de este encuentro. Nos pide que lo situemos en el contexto del mundo actual. Abre el horizonte a “*los santos de la puerta de al lado*”. No pensemos solo en los ya beatificados o canonizados. El Espíritu Santo derrama santidad por todas partes, en el santo pueblo fiel de Dios, porque “fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente”. El Señor, en la historia de la salvación, ha salvado a un pueblo. No existe identidad plena sin pertenencia a un pueblo (n. 6). Es un suave reclamo a que asumamos, todos, no aisladamente sino como miembros de una comunidad concreta la tarea de ser luz y sal, santos proclamadores de la esperanza cierta de trascendencia y solidaridad. Los pequeños gestos son los que multiplican la actividad que santifica.

Para ello hay que estar atento a las tentaciones, las desviaciones que requieren un permanente discernimiento a la luz del Maestro. Pienso que hay que prestar atención a algunas notas, sencillas pero retadoras, muy humanas y por ello muy cercanas al rostro de Jesús: aguante, paciencia y mansedumbre; alegría y sentido del humor; audacia y fervor; en comuni-

dad; en oración constante. Es la santidad al alcance de todos, sin distinción, poniendo cada uno el acento con transparencia y constancia en ser sembradores del bien con espíritu de reconciliación y actitud samaritana. Ello se logra en combate permanente, vigilancia y discernimiento.

El colofón a este llamado a la santidad nos lo pone Francisco en su reciente Encíclica *Fratelli tutti*. Asumir la caridad desde las categorías de fraternidad y amistad, descoloca a algunos, pero atrae a los más, porque de puertas abiertas tienen cabida en un mundo globalizado y plural, todas las culturas y todas las expresiones religiosas, en medio de las sombras de un mundo cerrado. Hay que tener la osadía de pensar y gestar un mundo abierto a la luz de la conmovedora parábola del buen samaritano. En medio de la pandemia que paraliza al mundo y exige recrear, recomponer los criterios con los que nos creíamos superhombres, hay que repensar la política, promover un espacio omnipresente, desafiante, vilipendiado en no pocos casos, “sospechoso” siempre, pero terreno particular para el ejercicio de la caridad en su dimensión “macro”: la política. Al testimonio tradicional de Santo Tomás Moro, el Papa Francisco añade recientemente el testimonio del “padre de la Europa comunitaria”, el francés Robert Schuman. Ocasión, motivo y razón para repensar la política, promover vocaciones de servicio a la misma en nuevas comunidades sensibles a su importancia humanizadora, a una nueva cultura del diálogo y la amistad social que genere caminos de reencuentro desde la verdad, la libertad, la justicia, la solidaridad y el perdón como componentes de paz auténtica y perdurable. Es la tarea a la que deben contribuir las religiones del mundo.

Debemos añadir la dimensión pública de los constructores de la sociedad, empresarios, obreros, el inmenso mundo del trabajo y de los trabajadores. En este campo hay, también, procesos en hombres y mujeres como Marcello Candia, empresario italiano o Enrique Shaw, empresario argentino camino ambos a los altares, “*porque en un verdadero espíritu de diálogo se alimenta la capacidad de comprender el sentido de lo que el otro dice y hace, aunque uno no pueda asumirlo como una convicción propia. Así se vuelve posible ser sincero, no disimular lo que creemos, sin dejar de conversar; de buscar puntos de contacto, y sobre todo de trabajar y luchar juntos*” (Querida Amazonía, 108).

*Necesidad de un giro radical. La sinodalidad*

Todo lo anteriormente expuesto puede convertirse en teoría sin incidencia en la vida y en la necesidad de un cambio radical en cada uno de nosotros. La resistencia al cambio es una realidad antropológica. La conversión es necesaria. Para entrar en el terreno de lo sagrado hay que descalzarse, dejarlo todo, como Moisés cuando entraba en contacto con Yahvé (Ver, Joaquín Perea. Un giro radical, PPC 2020).

Afirma el Papa Francisco que el camino de la Iglesia es la sinodalidad, el trabajo hombro con hombro, en comunión y participación. *“La Iglesia es comunión y hunde sus raíces en el misterio de la comunión trinitaria: Dios Padre, su Hijo Jesucristo y el Espíritu Santo. Nuestro Dios no es triste soledad, sino bienaventurada comunión... aquí encontramos la verdadera raíz y explicación de la autocomprensión de la Iglesia como comunión”* (Concilio Plenario de Venezuela, doc. La comunión de la vida de la Iglesia en Venezuela, n. 33).

El estilo sinodal plasma la misión de la Iglesia en el mundo de hoy y responde a la novedad que el Espíritu Santo pide en nuestro tiempo. Es la explicitación de la recepción de la eclesiología del pueblo de Dios y de la comunión del Vaticano II. Hace operativa la dinámica de la gracia que parte de la igual dignidad de todos los bautizados, en la diversidad de carismas y ministerios, e impulsa a construir la comunidad eclesial para la misión.

La sinodalidad lleva a los laicos a descubrir su propia responsabilidad en la edificación de la Iglesia., en la construcción de un mundo más humano. No se trata de una sustitución del ministerio ordenado por la disminución de vocaciones a la vida sacerdotal que sacude al mundo. Estamos ante un problema netamente eclesiológico, pero desde el horizonte de una teología fundamental que asume la tarea evangelizadora en clave de salvación universal en un mundo plural, que hace referencia a la comunión y a la responsabilidad de todos los bautizados.

Se impone un cambio de paradigma, ante una sociedad en la que la relevancia social de la Iglesia se ha obnubilado. La exigencia proviene de la llamada a la conversión según el modelo de la Iglesia de los orígenes y de la necesidad de responder a las urgencias del mundo presente. Creyente no es el que primero obedece unos mandatos o confiesa unas verdades,

sino el que escucha la voz de Dios que resuena en su interior y se va apropiando y poniendo nombre a esa búsqueda personal, hasta saber dar razón de la presencia y esperanza que descubre en ella. El verdadero camino a la santidad es el que nos conduce a una relación personal con Dios a la que uno consiente y en la que uno ha de enraizarse e ir creciendo para hacerse fuerte y resistente a los embates que pueden amenazarla a lo largo de la vida (ver, Severino Lázaro Pérez. Claves para un alto rendimiento en el liderazgo cristiano. En, Sal Terrae 109 (2021), 529–541).

La santidad laical, del bautizado, pasa por la asunción de la humildad, aceptar la realidad que nos pone límites. Descubrir la propia inseguridad para no creernos omnipotentes e invulnerables, y buscar la fuerza más allá, fuera de nosotros, en lo alto. La soledad de la pandemia nos hace resistir el aislamiento, experimentar la interdependencia, la necesidad de preocuparnos por el bien común, la riqueza de la diversidad de funciones, el cuidado del otro, la existencia de personas en situaciones de verdadera precariedad que requieren acompañamiento. Vernos de cara a la finitud, a la fragilidad, nos hace percibir el valor del otro, de la comunidad, para empezar a valorar y agradecer lo que antes asumíamos como evidente. La necesidad de descubrir el afecto cotidiano, a amarnos un poco mejor o un poco más, porque nos hemos enfrentado con la certeza de que lo realmente eterno, la esperanza real está en Dios.

### *Conclusión*

¿Para qué intentar ser santos en el mundo de hoy? ¿Tiene sentido, o es un ejercicio inútil? La espiritualidad cristiana es muy rica pero más que una ciencia es una vivencia interior, una “mística de ojos abiertos”, a la Palabra y al Mundo circundante. Hay que superar el dualismo entre historia de la fe e historia personal, entre mundo de la fe y mundo de la razón entre profesión de fe y experiencia personal (ver, Johan Baptist Metz, Por una mística de ojos abiertos, p. 11).

Los invito a que busquemos el camino a la santidad siguiendo la senda, el testimonio personal del Papa Francisco. Su lenguaje es siempre desconcertante. Allí radica la novedad de sus reflexiones, porque nos

descoloca. Una Encíclica que comienza con personajes “no católicos”, sintiéndose motivado a escribir por conversaciones con dirigentes de otras religiones, causa escozor a algunos. Otros critican su referencia negativa a antivalores en boga que molestan a quienes se saben aludidos, porque los hechos narrados son más contundentes que cualquier afirmación doctrinal. Una carta Encíclica catalogada como social, se me antoja que, al menos para los creyentes, es una meditación en varios ritmos, en los que el sencillo método del ver, se carea con unas aplicaciones evangélicas, el juzgar, que ponen en evidencia los rotos de la sociedad moderna. Se pregonan los derechos humanos como logros de la modernidad, quedando al descubierto su falta de puesta en práctica, tocando numerosas aristas referidas a las instituciones del mundo global. Es la tarea específica, el actuar.

La pedagogía de la fe, el crecimiento espiritual del bautizado tiene una hermosa pista en lo señalado anteriormente. En *Fratelli tutti*, me sobrecoge, más allá de lo social, el que sobresale por todos los poros “la convicción cristiana” del autor, con una apertura tal que, no creo que resulte ajena al pensamiento plural, global, del variopinto mundo de hoy. No es un texto cómodo, como no lo es la vida cotidiana, porque está plagado de interrogantes y cuestionamientos, para que el futuro, personal y mundial, sea más claro, desde la incertidumbre del presente, puesta en claro por la pandemia del Covid 19. El camino está lleno de tropiezos que mueven mucho más que a la inactividad o a la desesperanza, a la creatividad y a la alegría. La convicción cristiana es terreno abonado para sembrar fraternidad y amistad, santidad a borbotones, en este mundo ávido de amor a Dios y al prójimo. La ciudad de Dios la construimos en la ciudad terrena, escenario de realidades escabrosas y presencia del mal, pero, sobre todo, de libertad y amor sincero a toda la creación, con esperanza cierta de que el Amor tiene la última y definitiva palabra.

La oración de un poeta venezolano del siglo XX, Andrés Eloy Blanco, “de la orilla de enfrente”, pero la cercanía de un sacerdote cuando estaba preso injustamente lo inspiró y escribió un poema titulado “Dedicación de la mañana a Jesús de Galilea”. La santidad trasciende hasta las fronteras de lo religioso. Espero sirva de colofón a esta meditación sobre la santidad laical.



Jesús, mi comandante, suprema fórmula de hombría, flor de Varón en la perfección última, As de los Ases:

*/ a la hora de salir el sol, yo te ofrezco el levante de mis ojos despiertos  
y la semilla hinchada de mi primera idea.*

*/ Por este anhelo de justicia que hoy desbasta mi horrendo pecado de  
pereza, gracias.*

*/ Por la sed de fraternidad que salva el panorama de mis lujurias negras,  
gracias.*

*/ Por la noche bendita en que hicieron preso, gracias.*

*/ Por la sed y los grillos, la desnudez y el hambre, gracias.*

*/ Por la prueba de sal en los labios indignos, gracias.*

*/ Por el momento generoso en que tu ejemplo me llevó a la fila de la  
falange azul;*

*/ porque, sin merecerlo, tú, mi Jefe y amigo, me empujaste a la marcha  
entre los dedicados y me estás regalando mi manjar de Deber,*

*/ por mi signo de fe clavado en tus vanguardias, ¡gracias!*

*/ Y ahora, el pan más duro y con la sal amarga dándole hoy*

*/ y hasta la playa en sed, como una boca,*

*/ ven caminando sobre el pan salado, caminador del mar, flor de las olas.*

Concluyo con la invocación a nuestra madre María. “Cualquier mujer del mundo puede imitar a María”, nos dijo Francisco. También los hombres, sus hijos, tenemos en ella la ternura y el afecto. ”La Virgen es una muchacha normal, una muchacha de hoy, una muchacha no puedo decir de ciudad porque no estaba en la ciudad, sino en un pueblito, normal, educada normalmente, abierta a casarse, a formar una familia.”

Pidamos su intercesión y digámosle:

*Virgen y Madre María,*

*tú que, movida por el Espíritu,*

*acogiste al Verbo de la vida*

*en la profundidad de tu humilde fe,*

*totalmente entregada al Eterno,*

*ayúdanos a decir nuestro “sí”*

*ante la urgencia, más imperiosa que nunca,*

*de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.*

*Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados  
para llevar a todos el Evangelio de la vida  
que vence a la muerte.  
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos  
para que llegue a todos  
el don de la belleza que no se apaga.  
(EG 288)*